«justicia» e «injusticia». Sabemos que solamente existe la vida si por un lado tiene un principio en el nacimiento y por otro, al final de la línea, un fin en su opuesto, la muerte. Sabemos que la semilla solamente llega a ser árbol después de dejar de ser semilla; sabemos que todo movimiento implica, al mismo tiempo, la construcción y la destrucción de algo. ¿Cómo imaginar el menor movimiento en un mundo en que todo fuera idéntico a todo lo demás? Tan sólo la diferencia, la oposición, la «justicia y la injusticia» explican el hecho de que, de lo justo a lo injusto, de lo injusto a lo justo, exista la movilidad.

El segundo y sorprendente descubrimiento de Anaximandro se refiere al origen de los seres vivos y, especialmente, del hombre. De acuerdo con Anaximandro los seres vivos «nacieron del elemento húmedo cuando hubo sido evaporado por el Sol. El hombre era, en un principio, semejante a otro animal, el pez». Algunos han pensado que esta idea es en realidad la del evolucionismo. Es totalmente improbable que Anaximandro pensara en términos de evolución cuando la teoría evolucionista no se desarrolló sino durante el siglo XIX. Más probable es que tuviera en el espíritu ideas mitológicas primitivas.

Cuando se pregunta acerca del origen de las cosas, Anaximandro, razonando ya mediante argumentos lógicos, piensa que este origen debe encontrarse en la iluminación eterna e inmortal. Sus observaciones sobre el movimiento habrán de ser desarrolladas, a lo largo de la filosofía griega, como una de las nociones centrales del pensamiento filosófico. Su puesto en la historia de la filosofía es el de un verdadero innovador e iniciador.

No es tan importante su discípulo Anaximenes. A la misma pregunta respondía Anaximenes que el origen de todo debe buscarse en el aire. ¿Un paso atrás después de los varios descubrimientos de Anaximandro? Todo depende del sentido que se dé a las palabras. Es posible que Anaximenes, al hablar del aire, hablara del espíritu. Nuestro desconocimiento de su filosofía nos impide, sin embargo, considerarlo como el primer filósofo espiritualista.

El movimiento y la inmovilidad

Con el desarrollo del pensamiento racional no tardó en aparecer, entre los primeros filósofos de Grecia, una clara oposición al pensamiento de los poetas. Los viejos maestros, principalmente Homero y Hesíodo, empezaron a ser considerados como engañosos en sus enseñanzas. Las primeras

manifestaciones de una clara oposición al pensamiento de los poetas se encuentran en el poema teológico de Jenófanes, probable maestro de Parménides. La antigua religión politeísta no satisfacía ya el ánimo más abstracto de los nuevos pensadores. Dábanse cuenta, por otra parte, de que los dioses que veneraban los distintos pueblos eran formas idealizadas de los propios hombres que constituían a estos pueblos. Así, Jenófanes, se veía obligado a negar valor a las interpretaciones religiosas de orden politeísta y afirmaba: «Homero, Hesíodo atribuyeron a los dioses lo que entre humanos es reprensible y sin decoro».[9] Esta falsa atribución de características humanas a las divinidades hace que las imágenes que cada pueblo se hace de los dioses sean relativas a sus propias características físicas y morales. Así, «los etíopes hacen que sus dioses sean negros y de nariz chata; los tracios dicen que los suyos tienen los ojos azules y los cabellos rojos».[10] Esta crítica de la religión antropomórfica no lleva a Jenófanes a pensar como un ateo, antes al contrario, le conduce a representarse —a pesar de que a veces se refiere a los dioses en plural— a un solo Dios, «el mayor entre los dioses y los hombres, y que no se parece a los hombres ni por la forma ni por el pensamiento».[11] La nueva idea, tan revolucionaria para la teología griega como pudieron ser para la filosofía y la ciencia las ideas de los milesios, nos presenta a un Dios supremo que «lo ve todo, lo piensa todo y lo oye todo».[12] En su afán por dar una explicación racional y unitaria del mundo, Jenófanes alcanza un concepto monoteísta de la divinidad. Grande será su influencia en el desarrollo de la filosofía griega y la noción que Jenófanes se hace de Dios habrá de alcanzar su más precisa expresión en la filosofía de Aristóteles. Pero si de momento nos mantenemos en el siglo V veremos cómo los filósofos, divididos en dos grupos en cuanto al origen de las cosas, buscan y tratan de encontrar una solución también unitaria a los problemas del conocimiento, del universo y del hombre.

Heráclito nació en Éfeso, en las mismas tierras jónicas donde se desarrolló el primer pensamiento de los filósofos. Hay que situar su madurez hacia el año 478. De su vida conocemos anécdotas probablemente fabricadas en tiempos bastante más recientes. Dícese que Heráclito era *basileus*, rey de su ciudad, y que optó por abdicar al trono para dedicarse por completo a la vida contemplativa. Dícese también que su retiro obedeció a razones políticas puesto que Heráclito reprobaba la actitud irresponsable de los gobernantes y los gobernados de Éfeso. Sean cuales fueran los detalles de su vida, parece que puede establecerse un hecho: Heráclito fue un solitario, tal vez el primer caso de filósofo en Grecia que se aísla para meditar. En cuanto a su obra

quedan una serie de *Fragmentos*[13] en los cuales es ya posible discernir, dentro de un estilo alegórico, no pocas veces epigramático, los tres grandes campos en que habrá de dividirse toda la filosofía futura: la teoría del conocimiento; la metafísica y la moral. La división es, por lo demás, muy lógica. Si el filósofo suele preocuparse por el comportamiento y por el destino del hombre, no puede dejar de explicarse el sentido del universo que el hombre habita. Antes de hacerlo, sin embargo, tiene que pensar cuáles son las condiciones del saber y preguntarse, también, si el saber es posible o no lo es. Así, la teoría sobre la posibilidad del conocimiento precede a la metafísica y la moral.

Desde un buen principio Heráclito afirma que existen dos formas de conocer, una verdadera y otra falsa. La primera es la que obedece al *logos*, a la razón, que en griego, como más tarde *verbum* en latín, significará también la *palabra*.[14] La segunda es la que se apoya en los sentidos o en un mal entendimiento de ellos. Dice Heráclito: «Sabio es escuchar, no a mí, sino a la Razón […] Esta razón, siendo eternamente verdadera, empero, los hombres son incapaces de comprenderla antes de oírla y después de haberla oído».[15] La sabiduría, a pesar de que el pensamiento es común a todos los hombres, se descubre con dificultades y trabajos una vez que se ha renunciado a las falsas interpretaciones de los sentidos. Heráclito compara al sabio con los buscadores de oro que «cavan mucha tierra y encuentran poco».[16] Pero ya en Heráclito este conocimiento, difícil y lleno de trabajos, es más un conocimiento interior que aquel conocimiento del mundo físico que trataban de encontrar los primeros filósofos de Grecia. Así, a más de un siglo de distancia de Sócrates. Heráclito puede decir: «me he consultado a mí mismo». De este conocimiento de sí proviene la verdadera sabiduría, la que nos permite encontrar en la razón el origen de las cosas y el sentido de la vida.

Cuando contempla el mundo que le rodea, tanto el mundo de los hombres como el mundo de las cosas. Heráclito se da cuenta de que todo está en movimiento y afirma: «No puedes entrar dos veces por el mismo río, pues otras aguas fluyen hacia ti».[17] Y en efecto, si vivimos en el tiempo, si el tiempo transcurre en todas las cosas, nada es, en verdad, repetible. Heráclito, sin embargo, no se contenta con afirmar que el movimiento existe. Quiere, más allá de esta constatación de hecho, encontrar una explicación de los orígenes del movimiento. Esta explicación se encuentra en una idea que, si bien parece tan sólo repetir la anterior, viene de hecho a clarificarla: si entramos y no entramos en las mismas aguas del río es porque somos y no somos. El hecho es que si por una parte podemos pensar que somos, por otra,

al ver nuestro pasado que ya no es, al pensar nuestro futuro que todavía no es, al pensar que en el instante en que vivimos, esta frase que leemos deja de ser en el mismo momento en que la leemos, en verdad somos una mezcla de ser y de no ser, de ausencia y de presencia, de pasado, presente y futuro. Y en los extremos de nuestra vida se encuentran los opuestos: vivir significa estar en el tiempo entre el momento de nuestro nacimiento y el momento de nuestra muerte. «Lo contrario es lo conveniente»[18] porque de hecho estamos viviendo siempre entre estados opuestos.

Y esto, que nos sucede a nosotros, sucede también con los objetos del mundo, ríos encarnizados que van de su principio a su fin, en una constante transición de un opuesto al otro, en una constante «guerra». El mundo es movimiento y el movimiento solamente es posible si existen la desigualdad, el contraste y la oposición.

Sin embargo Heráclito quiere ir más allá del movimiento, quiere buscar su sentido y su ley. En algunas frases, que en un principio podrán parecer misteriosas, Heráclito afirma la final armonía de los contrarios, la unidad de los opuestos: «bien y mal son una cosa»,[19] «el camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo»,[20] los hombres no saben que el mundo, «divergiendo conviene consigo mismo».[21] Y es que, más allá del mundo en que estamos, existe «una armonía de lo que se tiende y suelta […] como el arco y la lira».[22] Esta unidad última se realiza en Dios, supremo fin y suprema disolución de todas las contradicciones: Dios, para quien es «bello todo y bueno y justo» aunque los hombres juzguen «lo uno injusto, lo otro justo».[23]

La idea de la unidad de los opuestos se explica también y con mayor claridad cuando Heráclito afirma la ley del eterno retorno. Esta ley, que se encuentra entre pueblos muy diversos y de muy distinto grado de evolución histórica, viene a decirnos que debe concebirse el mundo como una constante sucesión dentro de un ciclo constante. Siguiendo este ciclo, y dentro de un ciclo dado, todas las cosas cambian constantemente. Pero si pensamos que este ciclo se ha repetido eternamente y volverá a repetirse eternamente, si lo que estoy escribiendo lo he escrito en otros ciclos una infinidad de veces y volveré a escribirlo infinitas veces en ciclos futuros, de hecho nada cambia. «En la circunferencia de un círculo se confunden el principio y el fin».[24] Si la historia del mundo es la historia de una especie de círculo en movimiento constante, es claro que en este círculo existe el movimiento, pero no lo es menos que si comparamos un círculo actual a otro círculo pasado, existen los mismos puntos y los mismos movimientos idénticamente repetidos. En cuanto

a la naturaleza íntima de este movimiento Heráclito piensa que puede simbolizarse por el fuego. Nada tan variable como una llama, nada con tantas posibilidades de transformación. Y así, dentro de cada uno de los ciclos, el mundo, que ha empezado con el fuego, habrá de acabar igualmente en el fuego, término que Heráclito emplea seguramente como símbolo de la purificación cuando dice que el fuego habrá de juzgarlo todo.

Es indudable que Heráclito afirma el cambio y el movimiento. No lo es menos que más allá de este cambio, afirma igualmente la permanencia eterna de las cosas. Y ahora, completa, se aclara la primera frase que citábamos: «Sabio que quienes oyen no a mí sino a la razón, convengan en que todo es uno».[25] Por motivos similares y siguiendo la metáfora del fuego, dirá Heráclito que las almas buenas son almas «secas», aquellas almas en las cuales ha penetrado el fuego, símbolo a la vez de la razón única de todas las cosas y de la unidad última del universo y del hombre.

Paralelamente al desarrollo de las colonias griegas en la Magna Grecia (Sicilia, sur de Italia), se desarrollaron en estas nuevas regiones variadas escuelas filosóficas. Entre ellas la de más influencia fue la de los pitagóricos. De Pitágoras, cuya vida es en gran parte leyenda más que historia, sabemos que debió de enseñar hacia la mitad del siglo VI puesto que Heráclito se refiere a él como a un pensador del pasado. Su filosofía puede reducirse a una serie de afirmaciones siempre novedosas. Pitágoras era matemático. A él y a su escuela se debe el progreso de la aritmética como ciencia abstracta. Es probable que esta dedicación a las matemáticas llevara a los pitagóricos a afirmar que el mundo está hecho de números. La afirmación es especialmente importante si tenemos en cuenta que la física moderna depende de la posibilidad de medir los fenómenos naturales. A este concepto matemático del mundo los pitagóricos añadían un concepto rítmico y armónico de la realidad. Después de observar que los sonidos emitidos por una cuerda en varias tensiones pueden reducirse a número, los pitagóricos unificaron el número, el ritmo y la armonía. Así cuando se ocupaban de astronomía pensaban que las estrellas emiten, en su curso, sonidos musicales. Sin embargo, no fue la ciencia la única, ni tan sólo la principal, preocupación de los pitagóricos. Platón señala que Pitágoras fue célebre porque enseñaba una forma de vida. Y es que en verdad los pitagóricos formaron una secta religiosa, en la cual se enseñaba la transmigración de las almas, el culto a la santidad y la abstinencia. Algunos de los consejos de los pitagóricos, como aquel que nos dice que no debemos partir el pan con las manos, tienen probablemente por origen tabúes y creencias primitivas.

Parménides, que vivió en Elea, fue contemporáneo de Heráclito, si bien seguramente más joven. Fue también discípulo de los pitagóricos, de cuyas enseñanzas es todavía reflejo en la introducción a su *Poema* filosófico.[26] Más que en sus raíces pitagóricas, la importancia de Parménides reside en su concepto del mundo que viene a oponerse diametralmente al que sostenía Heráclito. Como todos los primeros filósofos. Parménides se pregunta cuál es el origen de todas las cosas. Tanto en su respuesta como en el método que emplea para llegar a ella, Parménides demuestra un notabilísimo progreso. Su método no está explícitamente expuesto en el poema, y sin embargo presupone principios lógicos y razonamientos que serán la base de toda lógica futura. Parménides emplea el principio de identidad, según el cual puede afirmarse que *lo que es, es*. La fórmula negativa de este mismo principio, más tarde llamado principio de no contradicción, puede expresarse en estos términos: *lo que es no puede no ser*, o bien, una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. En cuanto al razonamiento de Parménides es una forma del razonamiento matemático por el absurdo. Esta forma indirecta de demostración, considera hipotéticamente como verdadero precisamente aquello que se quiere negar. Se demuestra, inmediatamente, que la hipótesis es falsa y resulta así que lo verdadero es lo contrario a la primera hipótesis supuesta. Aunque Parménides no enuncia ninguno de estos principios o razonamientos, constituyen la base de todas sus argumentaciones.

Cuando Parménides se pregunta por el verdadero origen de las cosas, dice por primera vez con la abstracción que la palabra supone que, el origen de todo es el ser. Pero no se limita Parménides a semejante afirmación, sino que quiere probar, mediante argumentos lógicos, que este ser tiene una serie de atributos y que la posesión de estos atributos por el ser, es demostrable. El primero de estos atributos es la inmutabilidad. ¿Cómo demostrar que el ser es inmutable? Procedamos mediante un razonamiento por el absurdo y supongamos que el ser puede cambiar. Si el ser cambiara, según nuestra hipótesis, cambiaría, o bien hacia el ser o bien hacia el no-ser. Pero afirmar que el ser cambia hacia el ser es de hecho decir que no cambia y decir que el ser cambia hacia el no-ser, es igualmente decir que el ser es inmutable puesto que es imposible la existencia de lo que no es. El ser es inmóvil. Es también, y por idéntico motivo, uno y único. Supongamos nuevamente que en lugar del sólo ser hay el ser y algo más. ¿Cómo llamar a este «algo más»? No podemos darle más que dos denominaciones: ser o no ser. Si decimos que además del ser existe el ser estamos simplemente afirmando que tan sólo existe un ser. Si este «algo más» es el no-ser, como este no-ser no puede existir afirmamos

igualmente que tan sólo existe un ser. Y así, por argumentos similares Parménides dice que el ser es eterno, continuo, imperecedero, indivisible, sin fin y sin comienzo. Las pruebas de Parménides, que pueden hoy parecemos excesivamente rígidas, tienen una innegable importancia histórica. Su modo de razonar es el primer método lógico conocido en la historia de Occidente. Contiene además en germen, el método que habrán de usar, desarrollado y afinado, las matemáticas, las ciencias y la filosofía.

Más difícil es entender claramente lo que Parménides entendía por el ser. Según algunos se refería al mundo físico y material. Según otros el ser de Parménides se acerca más al concepto que Jenófanes se hacía de Dios. Si seguimos el texto de Parménides es en realidad difícil inclinarse por uno u otro de estos puntos de vista. Quede, sin embargo, Parménides, defensor de la inmovilidad, como el polo opuesto a aquel Heráclito que afirmaba que todas las cosas están en perpetuo estado de cambio. Su filosofía remozada, precisada, tendrá tanta importancia como la de Heráclito para el futuro del pensamiento en Grecia. El pensamiento de los grandes filósofos de Grecia tratará siempre de combinar lo móvil y lo inmóvil, lo múltiple y lo uno, la variedad de la experiencia que nos dan los sentidos y la unidad que nos sugiere la razón. Platón, y aun Aristóteles, tendrán presente el pensamiento de estos dos filósofos griegos, los más decisivamente importantes de esta primera época en la cual el pensamiento filosófico estaba principalmente dirigido a indagar los misterios del mundo.[27]

Obras de consulta

BURNET, J., *Early Greek Philosophy*, Black, Londres, 1926.

COPLESTON, Frederick, *History of Philosophy*, vol. I, Newman, Westminster, 1948, pp. 13-76.

DIÓGENES LAERCIO. *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, trad, de José Ortiz y Sanz, Perlado, Madrid, Buenos Aires, 1940.

JAEGER, Werner. *La teología de los primeros filósofos griegos*, trad. de José Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

___, *Paideia*, trad, de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pp. 150-180.

MONDOLFO, Rodolfo, *Heráclito*, Siglo XXI. México, 1967.